

B I B L I O G R A F I A

RECENSIONES

JEAN LACOUTURE, *Jesuitas. I. Los conquistadores*. Traducción de Carlos Gómez. Paidós, Barcelona 1993.

La reciente historiografía ha generado, en el específico ámbito de investigación preocupado por la historia de la Compañía de Jesús durante la edad moderna, una gran cantidad de resultados, frecuentemente relacionables entre sí, que posibilitan una aproximación cada vez más autorizada al instituto ignaciano. La convergencia de dos conmemoraciones, el 450 aniversario de la fundación de la orden y el quinto centenario del nacimiento de su fundador, contribuye a clarificar las razones por las que una creciente preocupación ha venido a implementarse sobre la ya tradicional y sólida historiografía jesuítica que venía ocupándose, con una notable sensibilidad por las fuentes, del origen, fundamentación y mutaciones del *cuero de la Compañía*. El fenómeno resulta fácilmente constatable con la mera compulsión de algunas publicaciones periódicas —como el volumen 60 (1991) del *Archivium Historicum Societatis Iesu*, o el volumen 64 (1992) de *Manresa*.

No obstante, bajo esa saludable situación historiográfica subyacen todavía en la fecha una serie de lagunas significativas. Realizada la anterior compulsión se perciben de inmediato unos débitos que mucho tienen que ver con las líneas de investigación predominantes. Ante todo se detecta en la mayor parte de los estudios un alto grado de especialización. Aspectos de orden mayor, léase *Ejercicios Espirituales*, *Constituciones*, *Ratio Studiorum*, o la vida y obra de sus miembros más eminentes, no han dejado de ser objeto de análisis matizados y detallados. Son estos, temas fértiles, jalón primero, fundametal e imprescindible para toda reconstrucción con pretensiones de síntesis, que se han planteado y siguen planteándose, si bien desde enfoques y con metodologías novedosas, de forma constante. Pero muy otra es la situación que se encuentra en el terreno de las interpretaciones globales de la experiencia jesuítica durante los tres siglos de la modernidad. Ciertamente, las investigaciones de este rango resultan sumamente complejas. La dificultad no sólo es *intrínseca*, su necesaria ubicación, la de una orden consagrada a la evangelización y a la educación, en la intersección de la perspectiva religiosa con la socio-económica, de la moral con la política, sino también *extrínseca*. La superación de marcos conceptuales que habitualmente venían siendo utilizados para la indagación de complejos desarrollos

de cambio religioso y cultural —paradigmática resulta la revisión del binomio Reforma-Contrarreforma acuñado por Hubert Jedin— o los debates más actuales sobre «modernización», que inducen a la consideración de fenómenos como la Contrarreforma en el marco de un proceso de *Konfessionalisierung*, han de afectar a la Compañía, a la recapitulación de su historia.

Dentro de este marco, la primera impresión que puede tenerse al abordar la lectura de la obra de Jean Lacouture (Seuil, París 1991), es la de un pretendido distanciamiento con respecto a las últimas tendencias. Esta se presenta, o al menos eso puede pensarse —por su título, *Jesuitas. Los Conquistadores*, y carácter, primera parte de un proyecto, pues ya se anuncia complemento y cierre desde 1814 hasta nuestros días— como una pretendida recomposición de ciertas coordenadas de entendimiento general. El autor es consciente del problema: «Muchos consideran que esta aproximación a una orden religiosa y colocada bajo la invocación directa de Cristo, se halla excesivamente desprovista de referencias propiamente católicas.» Sin embargo, Lacouture, formado en las aulas del Instituto, establece con prontitud el nivel de lectura. Reniega de ciertas responsabilidades: «un autor tan mal armado en materia de teología como poco seguro en el terreno de la moral y no demasiado bien informado a propósito de los ritos». Y digno de reconocimiento es que lo haga con tanta precocidad, en la introducción, y de manera tan explícita. Sus palabras definen el estudio. No es una obra de historia. Son historias. No historia de la Compañía de Jesús, sino historias de sus miembros, los jesuitas, aproximación al colectivo desde los individuos. Ahora ya sabemos la intención del título. Es una valoración de la Compañía como aventura humana —descubrimiento y comprensión de civilizaciones y culturas, diálogo sin fin—, una tentativa de explicitar por medio de una serie de crónicas una concreta filosofía: la búsqueda de la gloria de Dios a través de la gloria del hombre. Así, el recorrido del período comprendido entre el nacimiento de Ignacio de Loyola y la supresión de la orden el 21 de julio de 1773 con la bula *Dominus ac redemptor* de Clemente XIV, se realiza con una lógica, la biográfica, que se revela como hilo conductor, siendo un terreno en el que el autor, dada su experiencia y trayectoria, se mueve con enorme soltura. Biografías de Ignacio, Laínez, Ricci, Ruiz de Montoya, etc., que lo habilitan para la fijación de unas secuencias. Y ello, por supuesto, exige delimitación, la cual, también reconocidamente, es arbitraria: «Forman esta obra una serie de crónicas azarosas elegidas de manera arbitraria.» Los criterios de Lacouture se imponen, filtran unos acontecimientos y episodios, los considerados como especialmente representativos del Instituto —con una desmesurada y descompensada atracción por el ámbito francés— y con ellos se pretenden obtener unos vagos pero definitivos trazos. Puede, de este modo, intuirse una cierta pérdida de la capacidad integradora que se le suponía, o deseaba, *a priori*. Pero, en esos límites intencionadamente acotados, lo cierto es que no se difunde todo el valor de la apuesta literaria. Este resulta indudable, ante todo para el siglo XVI, pues emerge todo un conjunto de contradicciones, aporías y resultados, deseados y no deseados, favorables y terriblemente negativos, que se originan a consecuencia de su actuación. Una historia plena de tensiones, solidaridades y rechazos cuya complejidad debe retenerse.

Y punto de partida obligado, pasando ya al texto, primera secuencia o crónica, es la de Ignacio (cap. 1). Más que datos de especial novedad e importancia para su biografía lo que se pretende es asentar los anclajes de su cultura y espiritualidad, para luego examinar su influencia a lo largo del tiempo. Por ello Lacouture señala, como punto de inflexión en la misma, el año de 1524, en que decide estudiar, por encima de 1521, su conversión. Primeros pasos de la obra en que los contextos sí

importan y se reconstruyen. El hispano de comienzos del siglo xvj, con alumbrados, conversos y erasmistas; el romano de finales de la tercera década del Quinientos, con un colegio cardenalicio renovado y cuyo primer producto es el *consilium ad emendana ecclesia*, que contempla la aprobación de la Compañía (1540) (cap. 3); o el París en que encuentra formación el núcleo jesuítico inicial, el de los Votos de Montmartre de 1534 (cap. 2). No olvida tampoco el autor la importancia de los textos. En especial el texto por excelencia, el de los *Ejercicios Espirituales*, remarcándose su especificidad, su implicación, que lo es de acción más que de lectura, con la consiguiente importancia de una figura en otros casos inexistente, el director. E igualmente interesan los conceptos nucleares de las Constituciones; uno básico y esencial, *disciplina/obediencia*, interpretado por Lacouture —como disciplina no mecánica sino respetuosa hacia la elección individual— según criterios de necesidad, la originada con la propia praxis adoptada por la orden (cap. 4). Contacto con el mundo, frente al cual se adoptan medidas como la exclusión de una rama femenina (cap. 6) y la admisión de judeoconversos (cap. 7), de cuyas consecuencias también se nos informan: la conversión en orden no sólo catequética, como lo es inicialmente, sino también educadora, o el cambio de actitud, del fracasado irenismo de P. Fabro al denominable *momento canisiano*, demostradas con respecto a la reforma en el Imperio hacia mediados del siglo xvi, aunque superficialmente se apuntan. Mundo que en verdad lo es tal para la Compañía. Los episodios de Francisco Javier en las Indias y Japón (cap. 5), de Mateo Ricci en Japón a finales del xvi (cap. 9), de Alexandre de Rhodes en Vietnam a comienzos del xvii (cap. 10) o la experiencia de las reducciones en los siglos xvii y xviii, la república de los guaraníes (cap. 13), nos transportan más allá de las fronteras de la vieja Europa. En ella para Lacouture sólo caben rescatarse los problemas mantenidos desde mediados del xvi con la Sorbona, problemas de imbricación en una república *galicana* (capítulo 8); la severa disputa entablada por el jansenismo contra el «ejército negro» a través de la pluma de Pascal, con el probabilismo y la lectura del tomismo en un sentido más abierto a la libertad humana, dirección teológica de la Compañía fijada nuclearmente por Luis de Molina y su *Concordia* entre dones de la gracia divina y libre albedrío, como focos polémicos (cap. 11); o el papel, desde Edmond Auger y Enrique III hasta François de la Chaize con Luis XIV, del jesuita como confesor real (cap. 12). Pero más allá, en Oriente y en América, es donde cree el autor se revelan los grandes retos. La obligada desvinculación con respecto a los mecanismos coloniales para posibilitar una evangelización sincera, la ausencia de aquellos definidos poderes con los que tanto se colabora en Europa (cooperación, igualitaria, que puede degenerar en dependencia, como Araoz en el xvi hispano, o en conflicto: Paraguay, siglo xviii), que priva en otras latitudes, sobre todo en oriente, a la Compañía de uno de sus principales secretos estratégicos, etc., son dificultades cuya resolución encumbra a los jesuitas. Son tentativas como la de Mateo Ricci —acomodación del confucionismo con el catolicismo—, o la de Alexandre de Rhodes —su lucha por arrancar la acción misionera del *padroado*, «patronazgo o protectorado» portugués sobre la Iglesia en Asia, con el fin de confiarla únicamente a Roma— las que, y siempre según el autor, permiten hablar de «aventura jesuítica», aquella que se quiebra en tiempos ilustrados debido al acoso de los cuatro principales soberanos católicos (cap. 14).

Descritos los episodios con la autoridad que proporciona el conocimiento y manejo de un gran corpus documental, solventado el engarce entre los mismos merced a una lúcida exposición y a un depurado estilo, y con una cronología final que sin mayor pretensión busca facilitar la lectura, puede concluirse que Lacouture nos

ofrece una obra que, aun no exenta de errores y sin excesiva profundidad, posee gran interés y cuya lectura resulta recomendable.—JOSÉ MARI IÑURRITEGUI RODRÍGUEZ. Departamento de Historia Moderna. Universidad Nacional de Educación a Distancia.

JAVIER TUSELL y GENOVEVA QUEIPO DE LLANO, *El catolicismo mundial y la guerra civil de España*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1992, 384 p.

En situación de guerra las matizaciones desaparecen, dado que las posturas de los protagonistas tienden a polarizarse y, por tanto, a desplazarse a posiciones extremas. Esta norma es aún más acusada si se trata de una guerra civil. Lo fácil es encontrar planteamientos, que abandonando los puntos de coincidencia, incidan sobre todo en propuestas encontradas. El principal mérito del libro que comentamos es precisamente la búsqueda de opiniones matizadas, que nos dibujan un panorama de «angustias» personales, dada la violencia con que se produjo el enfrentamiento. Es precisamente de esas opiniones de donde saldrán los únicos planteamientos teóricos sobre el papel de los católicos, no sólo en la guerra, sino también en la actividad política, hecho que se materializa en los partidos de orientación demócrata-cristiana, tras la II Guerra Mundial.

Nadie puede dudar de la importancia del papel de los católicos en la España de los años treinta. Cualquier investigación que trate de olvidarlo o marginarlo incurre en un grave error o, lo que es peor, en la manipulación. No es cuestión de realizar una valoración sobre la conveniencia o no de dicha influencia, sino simplemente de describir una situación no entendida por una parte de la clase política republicana que en su intento de «cambiar todo», olvidó a una parte significativa de españoles, que con sus creencias, legítimas por otra parte, trataban de influir en la vida nacional.

Aunque también es necesario, y está por realizar, conocer las causas que llevaron a españoles a alinearse en posiciones de militancia anticlerical, hecho este último en el que la jerarquía tuvo una clara responsabilidad, haciendo llegar sus mensajes más allá de la pura función pastoral.

Si bien es evidente que al final de la contienda la inmensa mayoría de los católicos se alinearon con el nuevo Régimen, no es tan evidente que todos los católicos tuviesen la misma valoración sobre el sentido de la guerra, ni sobre las «barbaridades» que en la misma se venían produciendo. Por tanto, una vez hecha la afirmación general de que los sublevados contaron con la mayoría de los apoyos provenientes del mundo católico, hay que decir que hubo una parte de ellos que no vieron en la guerra civil la solución a los problemas que afectaban al país, a la vez que condenaron la violencia desatada, entendiéndolo que era necesaria una salida donde la mediación debía ser el instrumento para mantener el sistema democrático.

Una serie de hechos fueron señalando la progresiva toma de postura de la mayoría de los católicos a favor de Franco. De la confusión inicial se pasó a un creciente alineamiento con el bando sublevado, marcado por la existencia de «persecuciones» contra el clero y todo aquello que tuviese que ver con el mundo católico. No obstante, tanto el tema de los sacerdotes vascos, como el bombardeo de Guernica o los bombardeos sobre objetivos civiles supusieron frenos hacia esa toma de postura, atormentando numerosas conciencias. Buen ejemplo de ello es el caso del novelista francés Georges Bernanos que, inscrito dentro de la derecha extrema, no pudo soportar la represión realizada por los sublevados en Mallorca y, sobre todo, la utilización, no sé si sería más correcto hablar de justificación, del «instrumento eclesiástico» en la misma.

Otro dato a tener en cuenta en este sentido es la *Carta Colectiva* de los obispos españoles (no suscrita por Vidal i Barraquer, Múgica e Irastorza), que tiene su origen en «una conversación entre el primado y Franco» y que pese a que los autores muestran que el auditorio al que iba destinado era el mundo católico de fuera de España, el negar su influencia en el interior de España, dada su limitada difusión, no nos parece del todo acertado. En todo caso destaca el ascenso en el seno de la jerarquía eclesiástica del Cardenal Gomá.

Los países sobre los que se ha realizado la investigación son Francia, Italia, Gran Bretaña y los Estados Unidos. La selección, sin lugar a dudas, es acertada y sobre todo representativa, siendo especialmente interesante el caso de Francia. De dicho estudio se pueden obtener algunas conclusiones, las más importantes, a nuestro entender, son la pluralidad de posturas existentes y las aportaciones teóricas de Jacques Maritain y de Luigi Sturzo.

En cuanto a la pluralidad de posturas, excepto en el caso italiano (que se explica por el régimen político), muestra la vitalidad del pensamiento católico en sociedades democráticas, donde las opiniones difieren en función de la base social a la que pertenecen los feligreses, a la correlación de fuerzas con otras religiones (en minoría en Gran Bretaña y Estados Unidos) e incluso a la orden religiosa a la que pertenecen; en este sentido llama la atención el papel jugado por los dominicos.

Por lo que respecta a las aportaciones teóricas, la parte de mayor interés del libro, la más importante y debatida a lo largo del conflicto fue la de Maritain. Este autor colaboró en poner las bases de «una teoría cristiana de la democracia», para ello defendió que los principios religiosos debían influir en la vida política a través de una filosofía política «que no haría que todos los católicos figuraran en un único partido caracterizado por su adscripción religiosa». Su posición se sitúa en una tercera vía, alejada del gobierno republicano y los sublevados, que sería la denominada «imparcialidad positiva».

Refiriéndose a la guerra civil, Maritain condenó la idea de «guerra santa» o de «cruzada», insistiendo en que la misma era un acontecimiento de carácter político y social más que religioso. Junto a dicha condena buscó la consecución de la paz sin vencedores ni vencidos, participando activamente en el *Comité por la paz civil y religiosa en España*. Para llegar a la paz era necesaria la mediación, a través de una acción internacional concertada, que abandonase la política de la no intervención. Dicha postura suponía que frente a la guerra la única solución era la democracia, y por ella era necesario hacer todos los esfuerzos posibles, en los que el Vaticano no podía estar ausente. Es evidente que su pensamiento fue baldío, pero no sólo por la posición de los distintos países, sino, sobre todo, por las negativas de los futuros vencedores de la guerra.

El caso de Sturzo fue también significativo: para él la guerra no era una solución, ni el papel de la Iglesia junto a los vencedores de la misma se podía considerar como positivo, dada la hipoteca que ello iba a suponer en el futuro. La Iglesia no podía supeditar sus intereses a los de los sublevados y debía de jugar en España un papel pacificador. Al igual que Maritain apostó decididamente por la mediación. En menor medida, y a mi entender un tanto forzosamente, se sitúa en la misma línea a De Gasperi y Gonella.

Es evidente que con el tiempo ambas posturas demostraron su solidez, pero también es evidente que no fueron acogidas en su momento, constituyéndose tan sólo en un punto de referencia para algunos católicos que veían en la democracia el futuro.

Pero la mayoría católica, no sólo española, apostó por los sublevados, y con ello condenó a la Iglesia a un papel de apoyo a la dictadura, que durante mucho tiempo

supuso un grave quebranto a las conciencias, y sobre todo una injusta situación a todo un país enmudecido por los trágicos sucesos de la Guerra Civil.

El libro de Javier Tusell y de Genoveva Queipo de Llano no sólo nos aporta información, sino una reflexión que muestra una de las esencias básicas de todos los fenómenos históricos: su complejidad. La lectura es recomendable para entender aquellos acontecimientos que marcaron negativamente durante tantos años a España y a la Iglesia.—ALVARO SOTO CARMONA. Universidad Autónoma de Madrid.

JUAN GUILLERMO DURÁN, *Monumenta Catechetica Hispanoamericana (Siglos XVI-XVIII)*, vol. II, Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Argentina «Santa María de los Buenos Aires», Buenos Aires 1991, 801 p.

Gran obra la que ha planeado y va realizando el profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina, doctor Juan Guillermo Durán, sobre los Catecismos escritos y utilizados en la evangelización latinoamericana, a lo largo de los siglos XVI al XVIII.

Lleva esta obra monumental como título general el de *Monumenta Catechetica Hispanoamericana*. Trata de reproducir todos esos diversos Catecismos, compuestos para uso de Misioneros y Doctrineros en sus Misiones y Doctrinas, no menos que para párrocos y Sacerdotes en sus catequesis de las ciudades y lugares ya hispanizados. El volumen I pudo ver la luz en 1984. Este volumen II hubo de esperar siete años más, hasta 1991. El volumen I estudia los Catecismos publicados y utilizados en la primera mitad del siglo XVI; y este II, los publicados y utilizados en la segunda. Esperamos con ilusión los volúmenes siguientes, que recogerán los Catecismos publicados y utilizados en los dos siglos siguientes, hasta completar el plan global de toda la obra.

En este tomo se presenta un conjunto de obras, redactadas, o promovidas por tres grandes Arzobispos del siglo XVI. A la pluma de Fray Juan de Zumárrago, OFM, Arzobispo de México (1468-1548), se debe el «Suplemento o Enseñamiento del Cristiano» (Suplemento de la Doctrina Cristiana, de 1546). A la iniciativa de Fray Luis de Zapata de Cárdenas, OFM, Arzobispo de Santa Fe de Bogotá (1510-1590), el Catecismo que promulgó el Sínodo de 1576. Finalmente, a los desvelos de Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima (1538-1606), el «Corpus Catequético del III Concilio Provincial de Lima», de 1582-1583: *Doctrina Cristiana y Catecismo* (menor y mayor), de 1584, el llamado *Confesonario* para los Curas de Indios, también de 1584, y el *Tercero Catecismo*, o *Sermonario*, de 1585. Todos ellos como el gran testimonio evangelizador de la Iglesia americana. Medios y recursos (verdaderos subsudios pedagógicos), que la inventiva de los misioneros asumió en el ejercicio cotidiano de su apostolado como «formas» adecuadas y eficaces de comunicar el mensaje evangélico a las diversas comunidades indígenas. Unos verdaderos instrumentos de la acción pastoral. Todo ello constituye la literatura «catequético-pastoral» hispanoamericana, tan copiosa y tan variada, como destacada y meritoria, desde el punto de vista religioso y cultural (vocabularios, gramáticas, historias naturales y morales, crónicas, historias de indios, cartillas, doctrinas, catecúmenos, Confesonarios, Sermonarios, vidas de Santos, obras de teatro, escritos de espiritualidad, etc.). Basten estos apuntes para darnos a entender la gran importancia de toda esta magnífica obra.

Quedan así estructuradas las tres partes de este volumen II: 1) El *Suplemento o Enseñamiento del Cristiano*, debido a Fray Juan de Zumárrago (p. 16-159). Como

introducción propia, antepone el autor una breve biografía del citado Arzobispo y unas consideraciones sobre las dos obras citadas: *Doctrina* y *Suplemento* (p. 19-115); y sigue la *reproducción* de ese *Suplemento*, considerado como parte segunda de la citada *Doctrina Cristiana* (1546) (p. 121-159), que se presenta como «más cierta y verdadera para gente sin erudición y letras», y se desarrolla en dos partes: a) *Doctrina* más fácil para gente más simple, y b) *Documentos morales*. Se cierra este estudio con 12 láminas en color.

2) La *parte segunda* está dedicada al «*Catecismo para la edificación y conversión de los naturales del Arzobispado de Nueva Granada* (Santa Fe de Bogotá, 1576), bajo el gobierno de Fray Luis Zapata de Cárdenas (p. 161-330). Lo mismo que en la parte anterior, precede una *Introducción* sobre el tema del *Catecismo* mismo, que se reproduce en las páginas 241-330, distribuido en 80 capítulos, y siete partes: De lo tocante a la policía humana o corporal, el *Catecismo* propiamente dicho, *Pastoral sacramental*, *Matrimonio*, *Ritual para administrar el Sacramento del Bautismo*, *Sermones sobre la doctrina cristiana*, y *Disposiciones diversas*.

3) Más extensión e importancia tiene la *parte tercera*, dedicada a los *Catecismos limenses*, que son estos: *Doctrina Cristiana*, *Catecismo menor* y *mayor*, Lima 1584 (p. 421-488); *Confesionario* para los Curas de Indios, Lima 1585 (p. 489-596) y *Tercero Catecismo o Sermonario*, Lima 1585 (p. 597-742), y cuyo texto se reproduce puntualmente.

A cada uno de los *Catecismos* antepone el autor un breve estudio introductorio. Destaca una semblanza biográfica de su principal autor, el jesuita P. José de Acosta, y sus fuentes de inspiración, juntamente con las traducciones y traductores a las lenguas indígenas, la *quechua* y la *aymara*, hecha por otros autores distintos del P. Acosta (p. 331-415).

Fueron estos tres, los de la primera serie: A) *Doctrina cristiana y Catecismo para instrucción de los Indios y demás personas que han de ser enseñadas en nuestra santa fe* (p. 451-465); B) *Catecismo menor breve para los rudos y ocupados* (p. 466-471); C) *Catecismo mayor para los que son más capaces*, que contiene cinco partes: *Introducción de la vida cristiana*, *Símbolo*, *Sacramentos*, *Mandamientos* y *Oración del Padre Nuestro* (p. 451-488).

El año siguiente, 1585, aparecía un nuevo Documento llamado más propiamente «*Confesionario para los Curas de Indios*», con una previa introducción (p. 491-518). Se nos da asimismo su reproducción con este título, «*Confesionario para los Curas de indios, con la instrucción contra sus ritos y exhortación para ayudar a bien morir, y suma de los privilegios y forma de impedimentos del Matrimonio*», traducido también al *aymara* y al *quechua* (p. 523-596). Finalmente, el *Sermonario*, llamado también *Tercer Catecismo limense*, publicado en 1585, precedido así mismo de una *Introducción* sobre los destinatarios, con avisos oportunos a los predicadores, finalidad, estilo, y estructura interna (p. 599-612). Sigue la reimpresión (p. 617-741). El *Catecismo* más extenso de todos, dedicado a los predicadores en 31 *Sermones*, que van abordando los siguientes argumentos: Primeros presupuestos de la fe, el Pecado, Jesucristo como único remedio de ese pecado, lo que hemos de hacer para salvarnos, Dios, la Creación de los ángeles, la creación del hombre, la fundación de la Iglesia, Que no basta la fe sola para salvarse, el Sacramento del Bautismo, la Confesión, Modo de hacerla, la Eucaristía, la Confirmación y la Ordenación, El Estado religioso en continencia, los Impedimentos del Matrimonio, la Extrema Unción, los Diez Mandamientos, los Hechiceros y sus supersticiones y ritos vanos, El Juramento, El Tercer Mandamiento, el Cuarto y el Quinto, Contra las borracheras, El Sexto Mandamiento, El Séptimo; El Octavo, Noveno y Décimo, La caridad y la limosna, el Padre Nuestra y el Ave

María, los Novísimos, y el Juicio final. Tales son las materias desarrolladas en esos 31 Sermones.

Termina la obra con un *Glosario de Voces indígenas, Voces desusadas y Aclaraciones históricas y terminológicas* (p. 745-786). Sigue a continuación, y termina la obra, un Índice de ilustraciones, de Mapas, Reproducciones facsimilares y láminas en color, con el *Índice General* de toda la obra. Tan sólo nos queda felicitar al autor y darle ánimos para que siga preparando y publicando los restantes volúmenes. Una buena colaboración para el mejor conocimiento de la evangelización americana.—ANGEL SANTOS HERNÁNDEZ, S.J. Facultad de Teología. U. P. Comillas (Madrid).

RAIMUNDO ROMERO FERRER, *Estudio teológico de los Catecismos del III Concilio Limense (1584-1585)*, Ediciones Universitarias de Navarra, Pamplona 1992, 24×15,5 cm., 347 p.

Desde los comienzos de la evangelización se valieron aquellos misioneros de catecismos diversos, compuestos por personas particulares, unas veces, y otras por las Ordenes Religiosas Misioneras, y muchas veces por encargo expreso de Concilios diocesanos o provinciales. Entre todos ellos sobresalen, por su importancia y por su empleo, los confeccionados por madanto del III Concilio Limense (1582-1583), editados en tres lenguas, el *castellano*, el *aymara* y el *quechua*, y en los que tuvo una intervención particular, si ya no exclusiva, el jesuita P. José de Acosta. Se trata de tres confecciones sucesivas entre 1584 y 1585. En primer lugar la *Doctrina Cristiana y Catecismo para instrucción de los indios y demás personas que han de ser enseñadas en nuestra santa fe* (1584), seguida luego, como *complemento*, de un *Catecismo breve para los rudos y ocupados* (1584), y de un *Catecismo mayor para los que son más capaces* (1584). El año siguiente, 1585, se componía el llamado *Confesionario para los Curas de Indios con la instrucción contra sus ritos y exhortación para ayudar a bien morir*. Y finalmente, en ese mismo año, el *Tercer Catecismo*, llamado también *Sermonario*, en el que en 31 Sermones se hace la exposición de la Doctrina Cristiana. Son estos tres Documentos, o *Catecismos Limenses*, sobre los que basa nuestro autor, su *Estudio Teológico*. Mucho se ha escrito en obras, y artículos de Revistas, sobre estos Catecismos, aunque en ninguno de ellos se enfocara como en este, su aspecto *teológico*. Recordamos algunos: Baca Paunero E. M. Los Catecismos del Concilio Limense: Su contexto histórico y lectura teológica, Roma 1979; Baciero, Carlos, Acosta y el Catecismo Limense. en «Inculturación del Indio», Salamanca 1988, 201-262; Batra, E. T., Los autores del Catecismo del Tercero Concilio Limense, «Mercurio Peruano», Lima 1967, n. 470; Castillo Arroyo, J., Catecismos peruanos del siglo XVI, Cuernavaca, México, 1966; Castillo Arroyo, J., La catequesis del siglo XVI en el Perú, Bogotá 1987; Pereña, L. (ed.), Doctrina Cristiana y Catecismo para instrucción de los Indios, Madrid 1985; Tamayo Herrera, J., Notas sobre la doctrina cristiana y Catecismo para la instrucción de los indios, Lima 1984; Tineo Tineo, Primitivo, Los Concilios Limenses en la evangelización latinoamericana, Pamplona 1990; Vargas Ugarte, Rubén, Concilios Limenses 1551-1772, Lima 1951-1954, vols. I-III. Y sobre todo el profesor de la Universidad Católica de Buenos Aires, Dr. Juan Guillermo Durán, con varios estudios sobre el tema, a saber: El Catecismo del III Concilio Provincial de Lima y sus complementos pastorales, Buenos Aires 1982; Monumenta Catechetica Hispanoamericana (siglos XVI-XVIII), Buenos Aires 1991, 333-741, con reproducción de sus textos, El Tercero Catecismo como medio de transmisión

de la fe, en «Inculturación de Indios», Salamanca 1988, 83-189; y La Extirpación de la idolatría incaica en el Sermonario del III Limense, «Teología», 1983, n. 42, 99-176, 1987, n. 50, 1-54. Y finalmente, en 1992, el Dr. Raimundo Romero Ferrer, su *Estudio Teológico de los Catecismos del III Concilio Limense*, que es el libro que aquí ahora presentamos. Ya en 1989 había expuesto sus ideas claves, cuando en la Facultad de Teología de la Universidad de Pamplona defendía su *tesis doctoral*.

Tiene este Estudio una particularidad que lo distingue de las demás obras citadas. Nos ofrece los *presupuestos teológicos* que subyacen en los Catecismos, en el Confesionario, y en el Sermonario citados. Las demás obras y estudios citados se fijan más bien en otros aspectos, como el *lexicográfico*, el *histórico*, el *estructural*, etc., y no tanto en el *teológico*.

El estudio se desarrolla en dos partes, la *primera*, que no es más que una introducción histórico-biográfica (p. 45-107); y la *segunda*, en la que expone ya ampliamente el aspecto propiamente teológico del Corpus Catechisticum Limense (p. 111-321). En cuanto a la parte primera, habla brevemente de los principales representantes del Concilio, el Arzobispo Santo Toribio de Mogroviejo, y el P. José de Acosta. A continuación, en un segundo capítulo, se expone La Catequesis en el Perú del siglo XVI, lo que podríamos llamar *Corpus Catecheticum* del III Concilio Limense. Capítulo que da paso a la parte segunda y central de la obra: la *Teología del Corpus Limense*. En seis capítulos va haciendo el estudio teológico en estos puntos concretos:

- 1) *Dios Trino y Uno* (existencia, esencia, atributos divinos y Stma. Trinidad, con una exposición de las idolatrías de los indios).
- 2) *La Creación* (la material y la angélica, Antropología cristiana: Cuerpo y alma del hombre y de la mujer, Monogenismo, Justicia original y pecado original, y condición del ser humano).
- 3) *Cristología* (Persona del Redentor, su obra redentora, la Madre del Redentor en su maternidad divina, virginidad perpetua, mediación, culto, y otros dogmas marianos).
- 4) *Eclesiología* (Iglesia Romana, Pontífice Romano, Fuentes de la Revelación).
- 5) *Escatología* (Muerte, Juicio, Purgatorio, Indulgencias, Limbo de los Justos y de los niños, Infierno y Cielo).
- 6) *Sacramentología* (el Sacramento, en su definición, causalidad, ministros y necesidad; y luego cada uno de los Sacramentos). Termina con una amplia y escogida Bibliografía, y un Índice onomástico general.

Pueden destacarse en esa exposición teológica la *antropología* propia de estos Catecismos, por su originalidad y posterior influencia en la defensa de la dignidad de todo hombre, en concreto del indio americano. Luego, la *Eclesiología*, por la novedad de algunas de sus afirmaciones, y porque supone un intento de sistematización interesante. La necesidad de la *fe explícita en Cristo* para poder salvarse, fue uno de los temas que más polémica crearon entre los teólogos de Salamanca, a raíz precisamente del descubrimiento de las Indias, cuando se preguntaba que si esa fe explícita en Cristo era necesaria.

Finalmente, el apartado de la *Sacramentología*, que contaba con el respaldo de la elaboración dogmática tridentina, y que se presentaba como tema de interés relevante, por tratar de cuestiones prácticas de aplicación inmediata a la realidad indiana. Los Catecismos limenses constituyen, pues, una fuente de primera mano, en el estudio de la idiosincrasia inca, y se adaptan a la mentalidad indiana con ejemplos abundantes. No nos queda ya más que felicitar al autor por este esmerado *Estudio Teológico de los Catecismos limenses*.—ANGEL SANTOS HERNÁNDEZ, S.J. Facultad de Teología. U. P. Comillas (Madrid).

DIONISIO BOROBIO, *Evangelización y Sacramentos en la Nueva España (s. XIV) según Jerónimo de Mendieta. Lecciones de ayer para hoy*, Publicaciones Instituto Teológico Franciscano, Murcia 1992, 24×16.5 cm., 193 p.

La actitud de Jerónimo de Mendieta, llegado a Nueva España en 1554, treinta años después de la primera expedición franciscana conocida como la de los *Doce Apóstoles*, hay que enmarcarla dentro de la *Controversia* que tenía divididos a unos y otros misioneros, sobre el modo de llevar a cabo la obra de la evangelización, y la administración de los sacramentos a los indios. Poco después de su llegada, y antes de distribuirse por sus respectivos lugares de misión, decidieron celebrar una llamada *Junta Apostólica* para ver de determinar el método a seguir en esa evangelización y administración sacramental, dada la naturaleza de los indios que habrían de ser cristianizados. Era menester desarraigar la idolatría en que vivían inmersos, e implantar la fe cristiana. De ahí que el primer tema de discusión fuera el modo de cómo y a quiénes administrar el *Bautismo*. En cuanto al Sacramento de la *Penitencia*, no les pareció inmutar lo hasta entonces observado por otros Misioneros. Y en cuanto a la *Comunión* se mostraban más bien restrictivos, dándosele a muy pocos, y tras la debida preparación. Más problemática resultaba la administración del Sacramento del *Matrimonio*, el problema más debatido en aquella Junta, pero que no podía ser afrontado entonces debidamente, por desconocer el ambiente y la mentalidad de los indígenas. En todo caso, ya en esta Junta Apostólica de 1524, aparecen los primeros elementos de la futura organización eclesiástica, doctrinal y parroquial.

Mucho se debatía entonces el problema de la *racionalidad* de los Indios, con la consiguiente dificultad para administrarles algunos de los sacramentos, sobre todo el de la Eucaristía. Desde un principio el gran Motolinía tomaba resueltamente partido a su favor, alabando incluso no pocas de sus virtudes. Sobresalió, sobre todo, la *controversia* del modo cómo administrar el Bautismo, dado que desde un principio se concedía a muchísimos, debatiéndose si había de hacerse con la solemnidad acostumbrada en la Iglesia, o tan sólo siguiendo un rito *sumamente abreviado*. El asunto se remitió a España, y el Papa Paulo III, con su Bula «*Altitudo Divini Consilii*», del 1 de junio de 1537, dirimía la contienda, determinando que en el rito no podrían faltar estos elementos: el agua bendecida, el catecismo (preparación previa) y exorcismos individuales, la sal y la saliva, y el óleo de los catecúmenos. Al Sacramento de la *Confirmación* no se le atribuía entonces mayor importancia, y se le tenía más bien como un «complemento» del mismo bautismo. Tampoco había entonces Obispos que lo administraran.

Se recomendaba el Sacramento de la *Penitencia*, y con relativa frecuencia, aunque existían graves dificultades por el desconocimiento de la lengua. Los mismos indios se mostraban sumamente inclinados a repetirla con frecuencia. Más dificultades en la administración de la *Comunión*, que sólo solía concederse a muy pocos, a veces por esa inclinación a no aceptar plenamente la *racionalidad* de los indios. Hubo en ello opiniones diversas y pareceres encontrados, entre los Misioneros y los Letrados, hasta que el Papa Paulo III declaraba a los Indios, *capaces* para recibir la comunión, después de los informes estudiados y examinados en la Junta de 1539. Declaraba el Papa que se debería conceder a cuantos estuvieran ya bien preparados, y convenientemente instruidos. Y en cuanto al *Matrimonio*, por las muchas dificultades encontradas para su recta administración, también se llevó el asunto a Roma, pidiendo una solución. El mismo Paulo III resolvía estas dificultades en su antedicha Bula, facultando a los neófitos que tuvieran varias mujeres (costumbre de la poligamia),

que se casaran con una de ellas, cuando no se acordaran de cuál de todas había sido la primera.

Dentro de todo este contexto hay que valorar la actitud y doctrina del P. Jerónimo de Mendieta. Y lo hace nuestro autor P. Dionisio Borobio en este estudio. Es Franciscano también, como el P. Mendieta, Catedrático de Teología Dogmática en la Pontificia Universidad de Salamanca. Lo estudia a base de las obras del mismo Mendieta: su *Historia Eclesiástica Indiana*, escrita entre 1567 y 1604, y las *Cartas e Informes* suyos que se conservan. Su estudio se estructura en nueve capítulos: 1) El personaje Jerónimo de Mendieta (notas biográficas, Mendieta historiador y evangelizador); 2) Encuentro con la cultura indiana: Inculturación-Indigenismo (capacidad y disposiciones del indio para la evangelización, ritos, celebraciones, lengua, costumbres); 3) La Evangelización y sus medios para ella; 4) Evangelización y Sacramento del Bautismo (Predicación y primera conversión, extensión del Bautismo, conflicto bautismal); 5) La Confirmación como Sacramento «complementario»; 6) La «Doctrina» como cristianización del indio; 7) La Penitencia como medio de evangelización; 8) La Eucaristía, meta de la evangelización (diversidad de opiniones y praxis de los religiosos misioneros, y opinión y postura del P. Mendieta); 9) Agentes de la evangelización. Pero no aborda el autor el tema del *Matrimonio*. Todo el contenido y desarrollo de esta obra, lo compendia el mismo autor en una seire de *Conclusiones finales*, que trataremos de resumir nosotros aquí, como principal valoración de todo este estudio.

1) Jerónimo de Mendieta debe tenerse como un franciscano ilustre, que brilla con luz propia en la tarea de la evangelización de América. 2) El encuentro de España y Europa con las culturas indígenas sólo puede entenderse en plenitud, desde la clave de la evangelización. Son de destacar su visión y planteamientos evangelizadores en su dependencia y originalidad con respecto a otros autores. Su actitud ante los diversos personajes que intervienen en esa obra evangelizadora y ante los diversos problemas planteados, no deja de tener una importancia y repercusión en las directrices fundamentales que adoptan los más responsables. Influye asimismo en los centros de decisión política. 3) Su talante evangelizador se percibe fundamentalmente en la postura que manifiesta y adopta, ante los diversos conflictos que se plantean, en la evangelización, como la política eclesial, la inculturación y adaptación del Evangelio, la injusticia y la explotación del indio, la preparación y la administración del bautismo, la participación en la Eucaristía *con la comunión*, el rigor y enseñanza de la doctrina, etc. Guiado siempre por su amor al pueblo sencillo y a sus costumbres; defensor de los derechos del indio, su justicia, su misericordia, y su benignidad para con los más pobres y desamparados. Le preocupa, sobre todo, encarnar la fe en un mundo, en una cultura, en un pueblo, y en unas situaciones y unas personas concretas. 4) Sólo así puede entenderse su actitud crítica ante los españoles. Sabe que no todos los españoles llegados a las Indias tenían las mismas actitudes e intenciones, ni pretendían los mismos objetivos, o utilizaban los mismos medios. Hubo algunos que ambicionaban riquezas y poder a toda costa. Otros muchos procedían con muy rectas intenciones. El domina su ideal desde el testimonio de la pobreza. 5) Aparece claro que en esa primera evangelización de Nueva España no perteneció al grupo de los *más exigentes*, ni tampoco al grupo de los *más laxistas*. No exige una amplia catequesis o catecumenado *pre-bautismal*, sino sólo una evangelización fundamental suficiente, que sería ampliada, ya después del bautismo. Su actitud puede calificarse como de «pastoralmente acogedora para la promoción». 6) Más que de actitudes o aspectos puntuales de evangelización, hay que entenderlo desde la *totalidad y permanencia* de la obra evangelizadora. E insiste en la importancia

de la doctrina o catequesis *permanente*, que vemos tiene sus momentos álgidos en la celebración de los sacramentos, sobre todo los del Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía. 7) Como la mayoría de los misioneros, también él evangelizó desde una visión o concepción de iniciación cristiana original, que lejos de contentarse con un corto espacio de tiempo, y unos ritos puntuales transitorios, se prolongaba durante años, e implicaba todas las secuencias señaladas. Más que el *antes*, le preocupaba, como a tantos otros Misioneros, el *después* bautismal de la doctrina o catequización del indio por el que marchaba la verdadera conversión. 8) Para él, como para la mayoría de los misioneros, eran los sacramentos ocasiones y momentos álgidos de evangelización. En todo caso, evangelización y sacramentos aparecen realmente armonizados. 9) Es admirable el entusiasmo y el sentido de participación con que habla de los sujetos evangelizadores: Reyes, políticos, religiosos y laicos, tanto españoles como indios, y muy particularmente los *niños* como intérpretes, predicadores, misioneros, cantores, monaguillos... 10) Por todo esto, ha de tenerse como totalmente injusta y contraria a los datos de la historia, la afirmación generalizadora de que la catequesis «se dio en el seno de un proyecto colonial», y al servicio de intereses económicos y políticos de algunos «explotadores». Según Mendieta, la mayoría de los misioneros, religiosos, obispos... se manifestaron con libertad irreductible al soborno o manipulación, ejerciendo una crítica profética valiente, y defendiendo como nadie al indio de toda opresión y de toda injusticia. ¡Cuántos de ellos hasta llegaron a derramar su sangre por esa transmisión de la fe! 11) Así pues, a Mendieta debe calificársele como un verdadero promotor de la evangelización «al modo franciscano». Movido por el ideal de la Iglesia primitiva, visionario de una repetición providencialista de las maravillas de la primera evangelización, acusador dolido de una herejía y de un cisma que dividía a la Iglesia de Occidente, mientras los nuevos cristianos acogían fielmente el Evangelio y la Iglesia; profeta valiente e irreductible ante desmanes e injusticias, que, lejos de promover, destruyen al indio; exaltador incondicional de las cualidades de aquel pueblo, y evangelizador teórico y práctico del mismo. Soñó con una nueva cristiandad y unos creyentes que nunca llegarían a colmar plenamente su esperanza.—ANGEL SANTOS HERNÁNDEZ, S.J., Facultad de Teología. U. P. Comillas (Madrid).

JEAN ZUMSTEIN, *Miettes exégétiques*, Colección «Le Monde de la Bible», n. 25. Ed. Labor et Fides, Genève 1991, 422 p., 14,5×22,5 cm.

Nacido en 1944, Jean Zumstein, el autor de este libro, ha hecho sus estudios en Lausana, Estrasburgo, Göttingen y Heidelberg. Cuando enseñaba el Nuevo Testamento en la Facultad de Teología en la Universidad de Neuchâtel desde 1975, fue llamado como profesor a la Universidad de Zurich, y enseña allí desde el otoño de 1990. Sus colegas de Neuchâtel le invitaron, antes de pasar a Zurich, a reunir en un volumen un cierto número de artículos publicados durante su docencia en aquella Universidad, lo que daría facilidad para poder consultar una producción dispersa por varias revistas.

En el prologo del libro explica el autor el origen (que hemos indicado) y las características de esta publicación. Las cuatro partes del volumen comprenden los temas de la investigación de J. Zumstein durante el periodo de su docencia en Neuchâtel. Las contribuciones que constituyen la *primera parte* pretenden claramente significar que la exégesis auténtica no podrá prescindir de una reflexión hermenéutica

consecuente, a la vez respetuosa de los grandes maestros del pasado y abierta a nuevos retos que proceden del saber contemporáneo. La *segunda parte* es, en lo esencial, el reflejo del primer sector de investigación a que se dedicó el autor, que fue el Evangelio según Mateo. El acento está puesto en la originalidad del proyecto teológico del evangelista (en particular sobre el problema de la interpretación de la Ley), pero también sobre la inserción de esta obra literaria en la historia del cristianismo primitivo. La *tercera parte* testimonia el interés científico del autor por la tradición joánica en su situación actual. Por los artículos recogidos, el lector se puede dar cuenta de que la teoría «redaccionista» de los textos ha ensanchado su campo de observación, y de que aparecen vías nuevas de análisis (por ejemplo, la narratología o la pragmática de la comunicación). La *última sección* de la obra, consagrada a los fenómenos de las «trayectorias» en el cristianismo primitivo, comprende estudios que se esfuerzan por situar las propias palabras y el destino del Jesús histórico con respecto a los primeros movimientos que se han proclamado como dependientes de él. Cierra esta colección de artículos una reflexión sobre el estatuto que la Escritura reivindica para sí misma. El libro está dedicado a los estudiantes y enseñantes de la Facultad de Teología de Neuchâtel.

Una excelente colección de artículos que aclaran perspectivas nuevas en los cuatro ámbitos señalados del campo de la investigación bíblica.—J. ALONSO DÍAZ. Facultad de Teología. U. P. Comillas (Madrid).

JAMES H. CONE, *La noirceur de Dieu*. Traduit par M. Jean et J. Philibert. Préface de Henry Mottu. Lieux théologiques n.º 16. Labor et Fides. Genève 1989, 296 p., 15×21 cm.

El título *La negrura de Dios* (sin subtítulo explicativo y visto sólo como anuncio) pudiera hacer pensar en esos aspectos desconcertantes o puntos negros que parecen sorprenderse (también en la Biblia) en el ser de Dios. El título *La noirceur de Dieu* es propio de la traducción francesa. El título de la edición original americana (refiriéndose a los negros) es *God of the oppressed*, publicado en 1975.

El autor James H. Cone (nacido en 1938) es el portavoz más eminente de los teólogos negros americanos. Desde 1969 enseña la teología sistemática en el *Union Theological Seminary* de Nueva York, cerca de Harlem. Forma parte de la Asociación Ecuménica de los teólogos del Tercer Mundo y prepara actualmente una obra importante sobre dos figuras de la tradición negra americana, Malcolm y Martin Luther King.

Henry Mottu, en el *Prefacio*, presenta perfectamente la obra, sus características y sus valores. Es la primera traducción francesa de una de las obras mayores de J. H. Cone. Ofrece la ocasión única de escuchar la voz airada de un Negro que es un teólogo, y un teólogo *cristiano*. Pero el interés de esta obra no se detiene ahí. Su autor nos muestra, en efecto, cómo la herencia africana de los negros americanos se encuentra asumida, y sin duda reinterpretada en cristianismo, a título de una tradición, cierto muy lejana, pero muy presente. La memoria del genocidio, de la trata de esclavos, del tráfico triangular se encuentra omnipresente en este intento de dar cuenta del *punto de vista de los oprimidos* mismos.

Estamos, pues, en presencia de una especie de teología del Tercer Mundo en plena América del Norte, paradoja sobre la que este libro se esfuerza por pensar. Para hacer a su vez la experiencia de un descentramiento radical, el lector debe oír direc-

tamente estas tesis. Siendo, como se adivina, el punto esencial de la discusión saber si estamos ahí frente a una ideología de la liberación o, al contrario, puestos en situación de escuchar la palabra de una teología cristiana apoyada sobre una reflexión fuertemente trazada y argumentada. Una entre otras, ciertamente, pero que existe.

El libro termina con un «Postfacio» del autor para la edición francesa. El «Postfacio» comienza diciendo que desde que en 1968 redactó el autor su primer ensayo, *Cristianismo y Poder Negro*, se consagró sin descanso a una tarea teológica bien precisa: interpretar el significado que reviste el Evangelio para el pueblo negro que lucha en los Estados Unidos, desde casi cuatrocientos años, por la justicia y la dignidad, y que la presente obra, *La negrura de Dios*, publicada en 1975, permanece todavía en la hora actual, como lo que ha escrito más completo y tal vez más importante, sobre la manera en que se puede hablar de Dios en una sociedad caracterizada por la supremacía de los blancos.

El fenómeno de un notable grupo humano negro viviendo, desde siglos, en determinadas condiciones dentro de otra cultura diversa de blancos, es un trozo de la historia humana, de la historia que Dios puso en marcha, historia siempre salvífica, donde la teología tiene su palabra que decir. Esa palabra es lo que nos dice J. H. Cone en este magnífico libro sobre *La negrura de Dios*. Los negros están también dentro del ámbito de la acción salvífica de Dios.—J. ALONSO DÍAZ. Facultad de Teología. U. P. Comillas (Madrid).